

## Campos minados: paisajes de un planeta deshabitado

Sergio Rojas

“Donde el hombre vive,  
ya no es la tierra”  
M. Heidegger



Por lo general, se entiende el paisaje como la interna articulación espacial de una superficie terrestre a partir de las relaciones entre los diferentes elementos que la constituyen visualmente. El paisaje se define, por lo tanto, conforme a un patrón perceptual en donde nociones tales como visión, aspecto, perspectiva, son esenciales, a la vez que denotan la poderosa y “anónima” operación configuradora del sujeto humano como lugar desde donde se despliega el paisaje, incluso en la indómita adversidad de su geografía. Pues bien, la reflexión sobre el paisaje que desarrollan las prácticas artísticas contemporáneas comprende la crisis de ese sujeto y del coeficiente humanista del paisaje.

En el presente, los seres humanos ensayan *habitar* una realidad que con frecuencia se manifiesta desmesurada y ajena. En medio de lógicas y fuerzas inéditas, intentamos todavía construir *mundo*, hacernos lugar allí en donde la existencia humana parece haber sido anticipada por su propia desaparición. La globalización del capital financiero, la inteligencia militar, la industria del espectáculo, son algunas de las dimensiones que operan como órdenes de nuestra existencia que abren esta más allá de lo cabe denominar como

horizonte de sentido. El denominado circuito de las artes no es ajeno a la fascinante prepotencia de esos órdenes, y el paradójico efecto que se sigue de esto es que el trabajo de los artistas está a la vez dentro y fuera de aquella realidad en la que es cada vez más difícil a la humanidad reconocer su propio rostro. El soporte económico y digital del planeta posibilita a la vez que estimula en las artes la producción de “objetualidades” que reflexionen esa “realidad líquida” (al decir de Bauman) en la que ellas mismas deben circular sin roce.

El colectivo Agencia de Borde se define precisamente como un proyecto de investigación acerca de las relaciones entre el territorio y sus habitantes, ámbito en el que el paisaje es factor fundamental. En el marco de este proyecto los recursos artísticos (dibujo, pintura, fotografía, vídeo) operan, antes que como disciplinas productoras de “obras”, como recursos para explorar y reflexionar las formas en que las personas constituyen tramas espacio temporales, interactuando entre ellas y con el territorio que habitan o intentan habitar.

En el proceso de construcción de esa totalidad de sentido que es el mundo (que no consiste solo en la materialidad de la tierra o del planeta), opera el reconocimiento del *horizonte*: línea demarcatoria a partir de la cual en el plano se diferencian a la vez que relacionan el cielo y la tierra. En efecto, resulta literalmente inimaginable lo que sería la catastrófica borradura del horizonte (antes que la muerte, la locura). Sin embargo, ello no es suficiente para reconocer allí un mundo. Confrontada la humanidad con la sola línea que separa el cielo de la tierra, aun no habría encontrado aquella su lugar. He aquí el sentido del *paisaje*, más acá de todo esteticismo pictórico. El paisaje genera un orden de cercanías y lejanías entre los seres humanos y las cosas, un régimen de *percepción* (visual, auditivo, etc.) a partir del cual lo humano reconoce su lugar *entre las cosas*; por lo tanto, se trata también de un orden *narrativo*. Este orden del habitar se encuentra en el presente alterado por aquellas lógicas y fuerzas inéditas que mencionaba al comienzo. Sin embargo, paradójicamente, es la misma racionalidad moderna, orientada a allanar el mundo, lo que ha generado esta insólita circunstancia.

¿En qué consiste aquella prepotente condición de existencia que parece, de un lado, potenciar la capacidad generadora y transformadora de la realidad como obra humana pero que, a la vez, confronta a las personas con un “mundo” que es cada vez más difícil

comprender a escala humana? Podemos denominar dicha condición como la *técnica*, y en este sentido lo que el colectivo Agencia de Borde reflexiona es el estatuto del *paisaje en la época de la técnica*. Claro que esta no se deja comprender simplemente como el sistema de aparatos tecnológicos que en el presente colman el entorno y que, incluso, definen en buena medida nuestra concreta relación con este. La técnica es ante todo una manera de “pensar” (una forma de proyectar, de evaluar y de realizar esos proyectos), conforme a la cual hoy ya no existiría nada que no pueda ser considerado como un *medio* para otra cosa (incluyendo bajo esta condición instrumental a los propios seres humanos). Por lo tanto, el asunto del arte es en este sentido *dar a pensar* aquellos procesos de extrañamiento. Es precisamente lo que lleva a cabo el colectivo Agencia de Borde cuando hace de los campos minados en el Norte de Chile el objeto de su investigación sobre el paisaje.



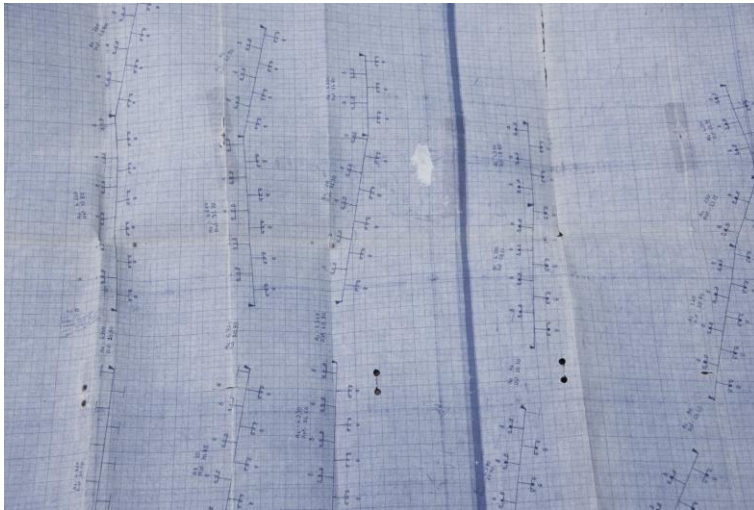
*Dar a pensar* no significa aquí necesariamente la elaboración de un “discurso crítico”, sino la posibilidad de reflexionar visual y conceptualmente la cuestión del paisaje desde la realidad de los campos minados; se trata también preguntarse, desde la noción de paisaje, como opera *en el imaginario* un campo minado. De aquí la cuestión que plantea Rosario Montero: “de qué manera estos espacios inaccesibles afectan no solo a aquellos que intentan cruzarlos, sino a todos quienes les tocaba convivir con ellos en el cotidiano”. A esto se suma un tercer elemento, que en relación a lo recién señalado resulta absolutamente fundamental: el *desierto*. ¿Cómo ingresa el desierto en un circuito de cotidianeidad? Si el

orden cotidiano implica la domesticidad de lo “a la mano”, ¿cómo opera esa amañalidad cuando se da avecindada en la vastedad del desierto? Se trata de cuestiones que, más allá de los objetivos explícitos del proyecto, provocan al espectador cuando reflexiona lo que pueda significar ser *vecino de lo inabarcable*.

El sentido de la frontera implica un espacio de relación, un territorio de cruces y encuentros posibles, de incertidumbre y aventura. En el siglo XII europeo la idea de frontera hace referencia a la exterioridad que separa entre sí a las naciones “vecinas”. Podría decirse que, desde una perspectiva fenomenológica, la demarcación moderna del territorio del Estado-Nación instituye no solo el límite político entre nosotros y los otros, sino también su *inmediata vecindad*. La lógica militar cancela lo que era una extensa franja, muchas veces de difícil geografía, y la transforma toda su realidad en una línea política imaginaria.

El objetivo de minar una zona es impedir el tránsito desde afuera a través de esta, y sucede que esta acción militar restituye el carácter de “franja” de la línea divisoria que es la frontera. Hace emerger su geografía y en cierto modo también el paisaje. El tránsito por el territorio minado queda entonces vedado para ambas partes, como si se tratara de un virtual campo de batalla un pedazo de tierra firme que se ha transformado en “tierra de nadie”. Un campo minado es, pues, un territorio que literalmente ha sido puesto *fuera de circulación*, un espacio al interior de cual ya no es posible simplemente caminar; más precisamente: que no es posible *pisar*. Minar la tierra es como envenenar el aire.

A diferencia de la visible e imponente *frontalidad* (fachada, frontispicio) que resuena en el término “frontera”, el campo minado incorpora al territorio un régimen de *invisibilidad*. En este sentido, el campo minado es tanto una zona prohibida como una tentadora invitación a cruzarla: una trampa. Existen, por cierto, mapas militares que permiten visibilizar esa geografía de la muerte. Agencia de Borde tuvo acceso a esos documentos. Sin embargo, el terreno sufre sus propias modificaciones y alteraciones en el tiempo, por lo tanto, aquellos planos no son del todo fiables.



En el presente los conflictos limítrofes en cuyo contexto -en las décadas 70' y 80'- se minaron esas zonas son asunto de la historia. El terreno adquiere así una densidad histórico-militar, pues las minas todavía existentes (en septiembre de 2013 aún quedaban 108 mil minas enterradas en una zona cuya superficie correspondía a la comuna de Santiago) se han transformado en vestigios activos de otro tiempo. El sugerente título de la exposición realizada por el colectivo en el MAC de Quinta Normal (noviembre de 2016), “Una explosión sorda y grave, no muy lejos”, hace referencia tanto al carácter disruptivo que implicaría la activación de una de esas minas, como también al modo en que esa realidad se ha incorporado de alguna manera a una cierta cotidianeidad (“... no muy lejos”). “Nos parece -señala Paula Salas- que cualquier idea sobre los campos minados debía emerger desde el territorio y sus habitantes en vez de anteponer al trabajo de campo lo que sabíamos -o más bien lo que creíamos saber- de la situación”. Por eso, se hacen parte de la investigación y de a exposición los “mapas subjetivos” que en San Pedro de Atacama elaboran -en el marco del proyecto- pastores, guías turísticos, funcionarias municipales, entre otros habitantes de la zona, trazando sobre papel sus recorridos paradójicamente habituales en la vecindad de lo inhóspito. Esto debido a que las zonas minadas no se ubican solo en la frontera, sino incluso muy cerca de la localidad de San Pedro.

El desierto es otro elemento fundamental en campo de investigación sobre el paisaje que desarrolla Agencia de Borde. En efecto, el desierto como paisaje implica colores, tonalidades que varían en el curso del día, texturas visuales y, por supuesto, el *horizonte* que en esta vastedad adquiere una peculiar presencia. Pero si el paisaje es, como señaló

alguna vez Edgar Allan Poe, “naturaleza corregida”, entonces el desierto es lo otro que el paisaje, corresponde más bien al afuera del mundo, el desierto es lo que rodea al habitar, es todo lo que había antes... o lo que habrá después de todo.

Ahora bien, si, como señalaba más arriba, comprendemos la frontera ante todo como una zona de cruce y encuentro, entonces el desierto en su *vastedad* se ofrece estéticamente a la percepción como ausencia de fronteras, como el territorio que habrá de ser cruzado para arribar, acaso, a alguna frontera (a alguna puerta o frontón). No podría haber relación entre lo mismo y lo otro allí en donde lo que se abre en principio es solo alteridad. Nada hace frente al viajero sino la travesía misma. El desierto es esencialmente una *magnitud* (de extensión, de temperaturas, de tiempo geológico) en la que todo vestigio humano está destinado a desaparecer de su inhóspita superficie.

La idea de campo minado nos sugiere un territorio no solo de acceso prohibido, sino ante todo *inhabitable*. Es decir, esa zona podría ser recorrida, pero no es posible construir un asentamiento allí. Sirviéndose de una cámara incorporada a un dron, se hizo el registro *in situ* de la zona, transformando a esta en una especie de “paisaje prohibido”. Los drones que sobrevuelan los campos minados, produciendo la visión que tendría un ser humano al caminar sobre esos lugares de acceso vedado, podrían asociarse a las caminatas que realizan robots tele controlados sobre la superficie de otros planetas. El efecto en los espectadores comporta la paradoja de asistir en las pantallas a un territorio deshabitado que solo *visualmente* puede ser recorrido. Sin embargo, los integrantes de Agencia de Borde planean la cuestión de si acaso esa medialidad tecnológica no es en el presente la condición de posibilidad de todo paisaje. Se trata de un tipo de tecnología digital que al incorporarse como *recurso auxiliar* de la percepción humana -al permitirle acceder a lugares inaccesibles o prohibidos- borra su propia materialidad medial, arrojando a los espectadores sobre una realidad que en su carácter de *naturaleza deshabitada* se torna tanto o más fascinante que la misma tecnología que reproduce y edita ese fragmento de inaccesible realidad.

“La experiencia de ese paisaje -señala Sebastián Melo- no se agota en lo que pueda mostrar/ocultar el dron (...). El territorio sigue estando allá afuera, no podemos acceder a él si no es a través de la experiencia mediada”. La realidad ha quedado capturada por la

tecnología militar que la prohíbe y exhibe a la vez, permitiéndonos ver qué aspecto tienen las cosas cuando no las vemos. Ahora el “ojo digital” se pliega sobre esa materialidad de lo que en la pantalla se da a ver y, debido a esa misma precisión de foco, el territorio que se presiente -como virtual extensión al encuadre, sin solución de continuidad- excede en mucho ese fragmento paisajístico.

Las imágenes que resultan del agenciamiento digital del territorio hacen ingresar visualmente al espectador en un planeta que ya no es un mundo, o acaso se trata de la realidad que nos devela cuando descubrimos, con inquieta fascinación, que el coto de ese horizonte de sentido que habitamos ya no coincide con los límites del planeta. El paisaje digital da cuenta de ese planeta deshabitado.